

# MIRET MAGDALENA

**POR UN TESTIMONIO VALIENTE** Freud, el investigador de las profundidades psicológicas, salió de la Alemania nazi, dando así testimonio de disconformidad con un régimen totalitario, con el que ni indirectamente quiso cooperar. Husserl, el filósofo más serio de nuestro tiempo, cayó en el ostracismo por negarse a colaborar con la cultura racista aria propugnada como ideal por Rosenberg, el filósofo oficial de Hitler.

Sin embargo, el católico Defregger parece que olvidó, en esa misma época, que «hay que obedecer a Dios antes que a los hombres», como enseña el Nuevo Testamento.

La moral no debe ser subterfugio sutil para evitar sentirse culpable al ejercer una cooperación material con el mal —como parece que fue su caso—, sino una ayuda para adoptar decisiones que sean testimonio «ante los ángeles y los hombres», como pide Pablo, el discípulo de Cristo convertido del judaísmo.

Sin embargo, hay otra faceta en el caso Defregger, que vemos vigente en la primitiva historia del cristianismo, y que hemos olvidado hoy: que el hombre honrado —y el cristiano— deben odiar el pecado, pero amar al pecador y comprenderlo; sin complacencias, sin embargo, para reconocer y criticar la objetividad de su actitud inmoral.

Una cosa es la inmoralidad de un acto humano, como el realizado por el capitán Defregger, y otra muy diferente juzgar definitivamente la moralidad de una persona por un solo acto aislado sin conexión con el resto de su vida.

Sin duda es verdad que «lo mío es, ante todo, lo que yo hago», y que «la única realidad —como dice también Simone de Beauvoir— que me pertenece enteramente es mi propio acto». (Simone de Beauvoir, «Pyrrhus et Cinéas», ed. Gallimard.)

Pero recuerda esta fina pensadora existencialista —citando a su maestro Heidegger— que «el hombre es un ser de lejanías, de futuro, y, por eso, que «un hombre es siempre infinitamente más que lo que sería si se le redujese a lo que es en un instante».

Los antiguos pensadores cristianos —los discutidos escolásticos de la Edad Media— vieron bien claro que, en general, se necesita una repetición de actos para conseguir el hábito —o el vicio— moral. Por eso «Santo Tomás considera imposible que una virtud moral —o un vicio— sea creada por un solo acto». (R. Verneaux, «Filosofía del Hombre», ed. HERDER.)

Por lo mismo —si es deudor del Evangelio— a Defregger no se le puede congelar moralmente por aquel acto reprochable de su vida. Lo que hay que considerar —como hicieron con razón sus superiores eclesiásticos— es si realmente era o no «un hombre nuevo» años después de su falta.

Eso es lo decisivo. Y, para llegar a una decisión justa, no hay más remedio que investigar si la conducta de ese capitán débilmente católico, después hecho sacerdote y obispo, está en consonancia con aquel acto inmoral de su vida; o —por el contrario— ha ido, paso a paso, borrando con otros actos contrarios el contratestimonio que dio durante la guerra mundial.

Hay que recordar los dos hechos característicos —en las figuras principales de los Apóstoles— del primitivo cristianismo, que han de ser norma de conducta ejemplar en todo católico. Pablo —el Apóstol— persiguió violentamente a los discípulos de Jesús; pero, una vez convertido al cristianismo, se transformó de perseguidor en predicador y fue aceptado por la Iglesia naciente. Y Pedro —el primero de los Apóstoles— negó a Jesús tres veces, y —después de resucitado éste— cayó en evidente debilidad moral (por parecido casuismo que el que perdió a Defregger), siendo por ello duramente amonestado por San Pablo, según cuenta éste en la epístola dirigida a los Gálatas.

Y, sin embargo, nadie negó que estos dos seguidores de Jesús debieran ser obispos de la naciente Iglesia, a pesar de llevar a cuestas actos culpables de manifiesta debilidad moral o injusticia palmaria.

Esta es la razón por la que, de todos los innumerables comentarios del caso Defregger, el que considero que va más al fondo de la cuestión es el que le dedica la excelente revista protestante francesa *Réforme*.

Su tesis es bien clara: fuera puritanismos, fuera hipocresías morales; aceptemos de una vez que la Iglesia es al mismo tiempo santa y pecadora —como ha dicho también el Concilio Vaticano II—, porque sus miembros lo son. Y en vez de sostener que un hombre «convertido», como parece ser Defregger, no pueda hacerse sacerdote u obispo, a causa de su pasado, debía ocurrir todo lo contrario, aun exponiéndose a los correctivos legales de la justicia civil por su pasado.

Si el Rey David —en el Antiguo Testamento— fue adúltero y asesino por procuración, y después ha resultado en el Evangelio ejemplo e incluso figura de Jesús, es porque aceptamos como verdadera la afirmación de que un acto es de grave importancia moral, pero sólo es decisivo cuando se reafirma en la vida por su repetición consciente, hasta constituir algo permanente en el ser de una persona.

Si San Pedro y San Pablo pudieron ser los depositarios principales del mensaje evangélico, tras sus vacilaciones morales o sus persecuciones injustas, es porque esas mismas ocasiones deplorables les sirvieron de acicate para superar su debilidad moral o su oposición al cristianismo.

Hoy resulta ejemplar —según el semanario *Réforme*— en una sociedad que se limita en el mejor de los casos a perdonar, pero no a olvidar, que en Norteamérica se haya —por ejemplo— nombrado pastor de una parroquia a un hombre después de estar veinte años en la cárcel, como acaba de ocurrir recientemente.

«Los hombre de Iglesia —sigue diciendo esta revista protestante— deben poder estar sometidos... a las mismas responsabilidades, y a las mismas repulsas sociales que todos los demás hombres». Y, sin embargo, hay que darles —hasta en la Iglesia— una opción.

«¿Por qué no tendríamos como obispo, arzobispo, Papa o presidente de una iglesia reformada... a un hombre que haya tenido un "pasado", siempre que se comprometa seriamente a abrirse a un constructivo "porvenir"?». Y eso incluso arriesgando que pueda ser civilmente condenado con justicia, como podría ocurrir en el caso Defregger. Así veríamos a la Iglesia —en ese obispo— desprovista de privilegios, y expuesta a los mismos embates sociales que podemos sufrir los hombres que no somos clérigos.

No pidamos, entonces, que se le debía haber impedido la ordenación sacerdotal al capitán Defregger; o que —concediendo mucho— se hubiese parado su «carrera» eclesiástica en ese escalón, sin subir jamás a obispo.

No; lo único que hace falta es buscar siempre una Iglesia —una comunidad creyente— que sea ejemplar; pero en un nuevo sentido, exento de toda hipocresía. Y por eso, que se reconozca en ella la debilidad humana, sea cual sea el hábito que se vista.

Confieso con franqueza que en el caso Defregger ni estoy con sus contrarios ni con los que le defienden. No me encuentro entre los que exigen el lado angosto para este pecador y el amplio para ellos, porque se consideran puros; ni tampoco entre los que todo lo justifican por las circunstancias diciendo: «La guerra es la guerra».

Estoy con el antiguo dicho: hay que estimar al pecador, pero odiar al pecado. Y pienso también que se debe olvidar, pero sólo cuando hay suficiente motivo para ello, y poner la mirada dirigida hacia adelante. Hemos de llegar de una vez a comprender que el hombre es lo que resulta ser por seguir —paso a paso y trabajosamente— un proyecto de vida auténtica, sin eufemismos ni falseamientos, sin hipocresías ni ocultamientos.

Y hay, por esa razón, que rehacer nuestra moral al uso, convirtiéndola en una moral realista y comprensiva con todo ser humano, sí; pero exigente, al mismo tiempo, de un testimonio dinámico y progresivo que tienda seriamente a construir esa vida valiente contra la injusticia, aunque ésta haya sido en algún momento vacilante o débil.

Quiero el testimonio valiente del que dice no, cuando hay que decirlo; pero, de no ocurrir eso, quisiera que el mayor número posible de personas que no lo hicieron tuvieran al menos una posibilidad de regeneración, si existe en ellas una decisiva voluntad de progreso dinámico. ¿Será éste el caso Defregger?